

islas Banks, islas Salomón, e islas de Santa Cruz. Los habitantes eran denominados milanesios, o isleños negros, por tener color bastante negro.

Después de parmenecer algún tiempo en Nueva Zelandia estudiando los idiomas indígenas, y aprendiendo la navegación con el objeto de manejar la *Cruz del Sud*, la goleta misionera, se hizo Mr. Patteson a la vela para la isla Norfolk, acompañado por el obispo. Luego a Aaiteum, ocupada por la misión presbiteriana escocesa. Pasaron por Erromanga, donde fué asesinado Williams; una isla con bosques, bella sobre toda ponderación. Después a Faté, donde recibieron la muerte los maestros de Samoa. El buque pasó la isla del Espíritu Santo, con su cadena de montañas como de cuatro mil pies de altura. Luego tocó el buque en la isla Remael, yendo a tierra a nado el obispo y sus compañeros sacerdotes y trabando amistad con los indígenas, que eran maoríes. Varios muchachos fueron llevados de la isla, para ser educados como maestros en el colegio de San Juan, en Nueva Zelandia.

Arribó acto seguido el buque a Mara, en las islas Salomón, donde se vió que, aunque hablaban el maorí, les habían dado los marineros conocimiento de las peores y más detestables frases del idioma inglés. El grupo que se vió después fué la isla grande de Santa Cruz. Los indígenas se aproximaron en sus canoas con ñame y taro; mas el número era tan grande que no se podía realizar ningún trabajo ordenado. Navegaron dando vuelta a toda la isla, y vieron la ígnea exterioridad del gran volcán. Prosiguieron a Nukapu, ahora llena de melancólico recuerdo, por haber sido muerto allí el obispo Patteson. Los indígenas se aproximaron en canoas llevando fruta del pan y cocos. Después de una travesía mucho más larga, a Tubua, Vanicova, y al grupo de islas Banks, volvió a Nueva Zelandia la *Cruz del Sud*.

Este era, pues, el camino misionero que tenía que recorrer Mr. Patteson. Escribiendo a Inglaterra, dijo: «No creáis en la ferocidad de los indígenas. Cuando sus pasiones son exacerbadas, cometen hechos espantosos, y son en general caníbales; esto es, después de una batalla hay siempre una fiesta canibal; de otro modo, no. Pero tratadles bien y con prudencia, y estoy informado de que hay poco peligro en visitarlos, entendiéndolo por esto, el desembarcar en las costas por la primera vez, yendo tal vez la segunda a un villorrio indígena, durmiendo en tierra la tercera, pasando diez días la cuarta, y siguiendo así.»

Describió su método fundamental de enseñar a los indígenas. Manteniase firme en el hecho de que el hombre había sido creado a la imagen de Dios. Predicando una vez en Sidney, dijo: «Este amor, una vez nacido en el corazón del hombre, tiene ne-

cesariamente que pasar a sus hermanos... El amor es el principio vivificador de todo. En cada estrella del firmamento, en las brillantes y espumosas olas del mar, en toda flor del campo, en toda criatura de Dios, y especialmente en toda alma viviente de hombre, se adora y bendice la belleza y el amor del gran creador y conservador de todo.»

«Mi querido padre—dice—habla lleno de ansiedad sobre el caso de Denison. De veras que es un motivo de agradecimiento poder estar fuera del ruido de la controversia y encontrar a millares seres que desean con ansia las migajas sacudidas bruscamente de estas enojosas querellas. No es la Iglesia alta, o baja, amplia, o cualquier otro nombre especial, sino el vehemente anhelo de olvidar todas las distinciones, y volver a un estado de cosas más sencillo, lo que parece emanar naturalmente del conocimiento que se tiene a la sola vista de estas poblaciones paganas.»

Patteson se fué a hacer sus visitas a las islas de Melanesia, esperándolo todo y sin temor a cosa alguna. Se le estimaba mucho por los hombres y las mujeres. Cuando estaban presentes las mujeres, sabía que estaba salvo. Todo lo llevó a cabo confiando en los individuos. Fué a Futuma, yendo a tierra con el agua hasta la rodilla. Luego a la isla Faté, de cuya población se decía que era de las más brutales de esos mares. Eran caníbales y habían matado a toda la tripulación del *Royal Sovereign*, cuando naufragó en la costa de la isla; se habían comido nueve hombres en una ocasión, habiendo enviado los otros nueve como obsequio a sus amigos.

En 1861 fué nombrado Juan Coleridge Patteson obispo misionero de las islas de Melanesia. Continuó en su tarea como hasta entonces. Con frecuencia estuvo en peligro de muerte. Iba entre los indígenas solo y desarmado. Podían concluir con él de una vez con una flecha envenenada. No obstante, siempre estaba contento y lleno de celo. «¡Gracias a Dios!—dice—, para apoyarme puedo recurrir a muchos puntos sólidos de consuelo, primero de todos, EL, que lo ve y lo sabe perfectamente. Ve igualmente a los isleños, y los ama infinitamente más de lo que yo puedo hacerlo. Yo creo que EL me envía a ellos. Bendecirá todos los puros esfuerzos que se hagan para cumplir su voluntad entre ellos. La luz está brotando en Melanesia; hallo gran consuelo en esta idea, y tengo presente que poco importa que no lo sea en mi tiempo; pero no hay más; he de continuar trabajando.»

En otra parte dice, cuando habla de los hombres que iban a ser enviados en su ayuda: «Un hombre que se forma la idea fundamental de islas de corales y de cocos, es peor que inútil; un

hombre que está posesionado del pensamiento de que está haciendo un sacrificio, no servirá jamás; y el hombre que considera cualquier clase de trabajo como indigno de un caballero, sólo servirá de estorbo, y se sentirá molesto al ver que el obispo hace lo que él juzga degradante para sí mismo. Y si el hombre a propósito es impulsado por la gracia de Dios para venir a estos países, ¡qué bienvenida le daremos y cuán felices nos sentiremos muy pronto en un trabajo, cuyos abundantes beneficios nadie puede conocer tanto como nosotros!

No era por dinero por lo que estos sacerdotes abandonaron Inglaterra. Ganaban tan sólo cien libras esterlinas anuales, que después fueron aumentadas a ciento cincuenta. Pero ellos enseñaban todo a los indígenas, hábitos de economía, de cuidado, puntualidad, aseo y demás cosas por este orden. ¡Cuánto carácter es originado por estas virtudes domésticas! El obispo estableció escuelas y colegios por doquiera que iba. Hizo que los jóvenes isleños le acompañasen en sus viajes, para que éstos entendieran su idioma y él el de ellos. En Santa Cruz, en 1864, les arrojaron flechas al obispo y a los que le acompañaban. Uno de ellos, Pearse, recibió en su pecho una flecha; y Edwin Nobbes recibió otra en el ojo izquierdo. Uno de los remeros, Yaung, tuvo la muñeca izquierda atravesada. El obispo les extrajo las flechas, la del pecho después de una larga operación. Fisher Young murió de tétano. Cuando se hallaba moribundo, le dijo al obispo: «Besadme; estoy lleno de alegría por haber cumplido con mi deber.» Nobbs murió de la misma enfermedad. Pearse se restableció, a pesar de haber sido su herida las más grave.

Luego visitó las islas Norfolk, Pitcairn, las Nuevas Hébridas, las Fijó, las de Salomón y las de Tahití, haciendo el bien en todas partes y conquistando nuevos adeptos para la Iglesia. Hizo imprimir para ellos el Nuevo Testamento en su propio idioma, y extractos de los libros del Antiguo Testamento. Hallándose un día de Navidad en la isla de Norfolk, fué despertado por una reunión de unos veinte melanesios, a cuya cabeza iba el señor Bice, que entonaban canciones de Navidad en la puerta de su dormitorio. «¡Cuán delicioso fué aquello!—dice—, me había acostado con el Libro de alabanzas a mi lado, y en mi espíritu el himno del señor Keble; y ahora las traducciones de Mota, con las que ya estábamos familiarizados, del Himno de los ángeles y de la luz para iluminar a los gentiles», cantados también por uno de nuestros discípulos paganos, que llevaba la voz principal. Sus voces sonaban frescas y claras en el silencio de la medianoche, el cielo tan perfectamente límpido, la tranquila luna y el clima templado y agradable. Permanecí despierto mucho después, pensando en el bienaventurado cambio efectua-

en sus espíritus, pensando en mi suerte feliz, felicísima, de cuán inmerecida lo ha sido y lo es, y ¡perdiéndome en la maravillosa bondad, misericordia y amor de Dios!»

Apresurémonos a seguirle hasta su último viaje al archipiélago de Santa Cruz. Los buques piratas o ladrones de hombres, de Queensland, andaban rondando las islas con el objeto de arrancar por la fuerza a los indígenas para que trabajasen en sus fincas. Varias de las islas estaban casi despobladas. Cinco individuos habían sido arrebatados de Nukapu por los hombres de Queensland. Cuando el buque del obispo se aproximaba a la isla, vieron que cuatro canoas daban vueltas entre los arrecifes de corales. Sintiendo compasión el obispo por estos infelices, ordenó echar el bote al agua. Entró en él acompañado por cuatro hombres. Al aproximarse a las canoas, subió a una de ellas el obispo, en la que se hallaban dos jefes, que antes habían sido amigos. La canoa se dirigió a la costa, en la cual vieron desembarcar al obispo los hombres del bote, perdiéndolo de vista inmediatamente.

El bote se quedó con las otras canoas. De pronto se levantó un indígena en una de las canoas y arrojó sobre los hombres del bote una de sus flechas de una vara de largo. Otros hicieron lo mismo. El bote hizo remos hacia atrás con rapidez hasta que estuvo fuera de alcance, pero no antes que tres de los cuatro hombres hubiesen sido heridos. ¿Pero qué había sido del obispo? Le habían asesinado en la ribera. Vióse que se aproximaban dos canoas, una llena de indígenas, la otra aparentemente vacía. Los indígenas regresaron en sus canoas; la otra, con un bulto en medio, se movía hacia adelante. El bote del buque se le aproximó y el marinero dijo al mirar la canoa: «Esos son los botines del obispo.» Se atracó a la canoa, y se traspasó el cuerpo, que estaba envuelto en una estera indígena. Cuando se sacó la estera, se vió al obispo, con su plácida sonrisa dibujándose en su semblante. Una hoja de palma estaba asegurada sobre su pecho, y cuando se abrió la estera viéronse cinco heridas en su cuerpo.

«La extraña y misteriosa belleza de estas circunstancias—dice la señorita Yonge—, casi hacen experimentar la impresión de la leyenda de un mártir de la Iglesia primitiva.» No hubo uno de aquellos que le amaban y veneraban, que no sintiese que ésa era la muerte que siempre había esperado, y que constantemente había estado dispuesto a dar su vida en cumplimiento de su deber. Era evidente que le habían matado por venganza. ¡Cinco hombres habían sido robados de Nukapu por los miserables filibusteros de Queenstown: y éste era el efecto!

La dulce y tranquila sonrisa de la fisonomía del obispo, predicaba la paz a los tristes que perdían su espíritu guiador, pero

no pudieron verla durante mucho tiempo. En la mañana siguiente fué entregado a las aguas del Pacífico el cuerpo de Juan Coleridge Patteson. Fué, a su reposo, al morir, como había vivido, en el servicio de su Maestro. Su fin fué la paz.

Pocos años más tarde fué visitada la isla de Santa Cruz, en 1875, por el comodoro Goodenough, del buque de su majestad *Perla*. Tenía grandes deseos de ver el lugar de la muerte del obispo, aunque le aconsejaron que no lo hiciera así, a causa del carácter traidor de los indígenas. Con todo, desembarcó en la isla. Al principio parecieron amistosos los habitantes. Desembarcó otra vez, pero la conducta de aquellos le pareció tan sospechosa que ordenó a su gente el inmediato reembarco.

En una carta—la última que escribió—describe la escena. «Vi a un indígena a la izquierda que ponía una flecha en el arco, y en un instante, mientras yo estaba pensando que sería una amenaza o un juego, vino silbando la flecha y penetró en mi costado izquierdo. Grité : «¡ a los botes ! » ; me arranqué la flecha, y salté a la ribera, oyendo silbar una lluvia de flechas a mi alrededor. Al llegar a los botes, vino en el acto el cirujano y curó la herida, cauterizándola.» Cinco días después, añade : «Estoy muy bien ; la única molestia que siento es un dolor en la espalda, que me impide dormir. No siento...» Aquí concluyen sus palabras. No pudo acabar la carta.

Le dió el tétano y se perdió toda esperanza de salvarle. Recibió la noticia de su peligroso estado con la tranquilidad perfecta de un hombre cuya vida entera ha sido una preparación larga para la muerte. Mandó que se le transportara sobre cubierta, y mientras la tripulación se reunía en torno suyo en silencioso dolor, les habló tierna y amorosamente, y les encareció que siguiesen sus pasos. Pasó a su eterno descanso tranquilamente, y su cuerpo fué entregado al abismo del mar. Así pereció un hombre de quien Inglaterra no podía prescindir sino difícilmente. Era un modelo noble del marino verdadero y del caballero cristiano.

No disponemos de espacio para mencionar los hechos heroicos de otros misioneros cristianos ; de los jesuitas en el Japón, China y América del Norte y del Sud ; de los moravios en Groenlandia, los Estados Unidos y el Africa ; de Juan Eliot, el primer misionero entre los indios americanos, y de David Brainerd, y Jonatán Edwards (1), que le siguió ; de Martyn, Heber, Carey y

(1) Cuando el presidente Edwards fué expulsado de su Iglesia en Northampton, Massachusetts, con motivo de su proyecto de reformar la moral de su congregación, se fué como misionero entre los indios de Stockbridge, para predicar el Evangelio. Permaneció seis años entre ellos, ayudado grandemente por su mujer ; y durante ese tiempo compuso sus obras más profundas y valiosas. La razón que hubo para despedirle fué la siguiente : algunos jóvenes de su rebaño habíanse procurado algunas publicaciones obscenas y las

Marshman, en la India ; de la familia Judson, en Burmah ; de Carlos Federico Mackensie, el misionero mártir del Zambeze ; y de Samuel Marsden, el patriarca del cristianismo en Australia (1).

¡ Honra a vosotros, nobles héroes cristianos, conocidos o ignorados ; a todos aquellos que dedican su tiempo y su trabajo para difundir el conocimiento de lo que alivia, conforta y salva ; a aquellos que dan su vida por la religión ; y a todos aquellos que ayudan a los pobres, a los que combaten, y a los no civilizados para que alcancen bendiciones más elevadas que las de esta transitoria vida !

---

propagaban para infección de otros. Edwards llamó a los miembros principales de su parroquia, y les puso en conocimiento de lo que había. Dijo el nombre de las personas que estaban complicadas en ello. Resultó que casi todas las familias del pueblo tenían uno u otro pariente implicado en el asunto. Los principales de la congregación se opusieron abiertamente a su pastor con la mayor insolencia y desprecio ; y fué inmediatamente despedido por una mayoría de doscientos contra veinte. Esta fué la causa de su vida de misionero entre los indios.

(1) Un relato admirable de estos misioneros, se encuentra en la obra de la señorita Yonge : *Pioneers and Pioneers*.